

—¡Enrique de mi corazón! dijo la Beatriz, echándose al cuello del joven; me consideraba alma en pena.

—Economizad los abrazos, si os viene bien, y contestad á mis preguntas. ¿Qué ha sucedido en el castillo durante mi ausencia?

—No sabéis lo que ha sucedido?

—Ni una palabra, buena dueña.

—Esperad, correré el cerrojo, y lo sabréis todo por estenso.

Hizo Beatriz lo que indicaba, y sentándose en un sitio dijo al paje con gran misterio:

El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Estais segura?

—Sí lo estoy; y estas señales en mi cuello que no me dejarán mentir.

—Parece que os han cogido con tenazas.

—Los dedos de D. Pedro el Cruel.

Ya le conocí al apearse, dijo Enrique sacudiendo su malenita.

Beatriz quiso contarle por entero lo sucedido con el rey; pero le fué imposible efectuarlo, por la gran impaciencia del paje que la abrumó con sus preguntas.

—¿Ha dicho algo de D. Juan?

—Ni una palabra. Mas en tanto....

—¿Y preguntó por Doña Inés?

—Como si no hubiera en el mundo una señora de tantas prendas. Si hubieras visto en....

—¿Va á permanecer mucho tiempo en este castillo?

—Ni el mismo D. Lope lo sabe. Vamos, si cuando sobrevivo....

—¿Ha llegado mas comitiva?

—No he visto mas huésped que al rey, y si todos son de su temple....

—¿Y no adivináis el motivo por qué se presenta en Carmona?

—Cómo es posible que adivine....

—Sois mas estúpida que un troneo. Haber hablado con el rey hasta apurarle la paciencia y no saber á que ha venido, solo sucede á una mujer que no tiene sentido comun.

—¿Enrique!

—Dejémonos de bromas, dueña. Aquí va á suceder algo malo, y no puedo contar con vos para que ayudeis mis proyectos. Mas por si sale todo bien, estad dispuesta á media noche para abandonar el castillo.

—¿Nos volvemos al Villarejo? Qué me huelgo de que así suceda. No tengas cuidado, mi amigo. Me despediré de D. Lope.

—Ni una palabra le diréis.

—Estuvo tan humano conmigo. ¿Mas tendréis prontas las literas?

—Ya os contaréis, buena dueña, con cabalgar sobre un trotero, sostenida por estos brazos.

—¡Oh! no fuera decente á mi edad....

—Estad aperebida, dueña, y no despleguéis vuestros labios. Enrique salió presuroso.

CAPITULO XI.

No disminuyo el tesoro
De mi honra, á fe mia,
Si trueco por alquimia
Unas palabras en oro.
LOPEZ.

EN el capítulo antecedente nos separamos de D. Lope para conducir á la dueña, y es justo que volvamos á su presencia para continuar bien la historia.

Estaba sentado el alcaide á la inmediacion de un bufete, en el que apoyaba su codo, y sobre la palma de la mano tenia reclinada su frente.

En todo el discurso del dia le hemos visto meditando; pero su reserva extraordinaria nos imposibilita á decir por qué tomaba tanta parte en acontecimientos estraños, si se juzga por apariencias, á su interes y su reposo.

La terrible escena del rey con la dueña de Doña Inés, habia satisfecho al alcaide en cierta manera; pero una estraña incertidumbre le atormentaba el pensamiento.

Habia desaparecido el monarca, sin saberse su direccion, y D. Lope, por mil razones, no se atrevia á ir en su busca.

Cansado de la incertidumbre, un tormento que segun Dante, no padecen los condenados, y que debe aliviar sus penas, iba á levantar á Hineztrosa, cuando apareció en el salon Pero Fortun, montero del señor alcaide, y que ya han visto mis lectores en su entrevista con D. Juan.

—Pardiez! señor alcaide, que ha corrido mi pobre jaco mas de lo que debian prometerme sus huesos mondados y tersos, como el colmillo de un jacaí, dijo Fortun aproximándose.

—Bien venido, señor montero, replicó Hineztrosa con afecto. ¿Qué novedades de la caza?

—Toda caza mayor, D. Lope. El infante hirió por su mano á un jabali de los guardianes: su paje nos tendió á un venado de seis años, y yo en mi profesion de espía no he perdido tampoco el tiempo.

—¿Qué has averiguado, Fortun?

—Casi nada. El tigre real, como vos llamais al infante, quiere mudar de madriguera, y se ha valido de mi apoyo para verificar el cambio.

—¿Está D. Juan en el castillo?

—No tengais cuidado, D. Lope. D. Juan está dentro del muro, y no ha de verificar su fuga sin que le siga una gacela, que no parece mal bocado.

—¿Ha de llevarse á Doña Inés?

—Así lo creo.

—No se la llevará, Fortun.

—Tambien me parece posible. Cuando un cervatillo novel quiere saltar algun vallado, suele clavarse las espigas y no conseguir el objeto.

—¿Y para cuándo está dispuesta esa fuga tan romancesca?

—Me haceis, señor alcaide, una pregunta, á la que no puedo contestar.

—Secretos para mí? Fortun.

—Secretos para vos, D. Lope, cuando lo son tambien para mí?

—Por manera que has descubierto el rastro á la caza, sin conocer la encrucijada en que debe reunirse toda.

—Perdonadme, señor alcaide, pero os estoy viendo hoy mas impaciente ó menos diestro que en otras muchas ocasiones. Figúrese el señor alcaide, que no está convenido el dia, y que han de avisárselo al montero para que los conduzca salvos.

—Tienes mucha razon, Fortun, y te confieso francamente que al ver agitarse las ramas, creí se hallaban las nobles piezas fuera de jurisdiccion. Pero.....

—Grave yerro ha sido en verdad para un cazador hecho al monte, confundir unos zarzales con una carrera de huida. Es el infante muy novicio, y armará mas ruido su fuga que la del jabali en las jaras.

—Sea como dices, buen montero; pero no descuides un punto estar al acecho por si la toman de callada.

—Podeis dormir descuidado.

—Puedes retirarte, Fortun.

El montero cruzó los brazos, y no desamparó su puesto.

D. Lope le miró fijamente, y llevando su mano á la escarcela, sacó un bolsillo bien henchido, y entregádoselo al montero dijo:

—Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro, y cumple fielmente mi encargo.

El montero cogió la bolsa, y sin decir una palabra se puso en marcha hácia su puesto.

Cada momento se aumentaba el compromiso de Hineztrosa, y su incertidumbre crecia con el discurso de las horas.

¿Convenia á los intereses del alcaide hacer partícipe al monarca de cuanto acababa de saber por la relacion de Fortun? Vamos á reunir antecedentes, teniendo en cuenta, que el alcaide nada sabia de la entrevista de D. Pedro con la huérfana de Avendaño.

Si atormentado el rey D. Pedro por el fantasma del maestre, habia olvidado á Doña Inés, ó desistido por lo menos de una esplotacion inmediata, manifestarle que una fuga podia sacarla de su poder, era dar pávulo á sus celos, y estimularle á que emprendiese cuanto le dictase su ira contra la pupila de Hineztrosa.

Muy convencido estaba el alcaide de que le seria bastante fácil impedir por sí mismo la fuga de los dos amantes, para que quisiese poner al rey como intermedio entre D. Juan y Doña Inés. Tambien sabemos, aunque están ocultos los motivos, que no era el ánimo de Hineztrosa presentarse ante su pupila como favorecedor del rey, y que habia tenido una satisfaccion particular, cuando le refirió la dueña su tráfica escena con D. Pedro, de la que pudo esperar D. Lope un cambio imprevisto en la resolucion del monarca.

Todas estas consideraciones y otras muchas

aconsejaban al alcaide guardase del rey el secreto que acababa de confiarle Fortun; pero una razon poderosa, y que habia obrado fuertemente en su conferencia con la huérfana, se presentaba omnipotente, y queria sofocar por sí sola cien resoluciones hidalgas. Esta razon tan omnipotente era el miedo.

Cuando D. Lope de Hineztrosa veia suplicante á Doña Inés, cuando las lágrimas de la huérfana, de aquella mujer tan heroica, se deslizaban por sus mejillas, y bañaban las blancas manos del alcaide, habia tenido miedo del rey y se habia negado á su súplica.

Cuando D. Lope de Hineztrosa escuchaba de su pupila una reclamacion á nombre de sus padres y de la ley, habia tenido miedo del monarca y desechado la peticion.

Cuando D. Lope de Hineztrosa fué requerido como noble para la defensa de una dama, tuvo miedo del rey D. Pedro, y no respondió cual caballero.

Cuando D. Lope de Hineztrosa oyó reconveniciones bien amargas, y verdades bien merecidas; cuando se le apellidó cobarde, tuvo miedo de su señor, y mesándose los cabellos, se querellaba como hembra ante una mujer animosa.

Cuando D. Lope de Hineztrosa fué despedido con nobleza, denostándole su conducta, tuvo miedo como hasta entonces, y se salió en busca del rey para completar su deshonra.

¿No pesará mucho á D. Lope este secreto peligroso? ¿No tendrá miedo de que lo descubra el monarca y teniéndole por traidor, le haga partícipe en las violencias con que distingue su reinado? Los sucesos responderán á las preguntas anteriores.

Hay muchos espíritus débiles, sin resolucion para obrar, pero que escudados en su inercia desafian los grandes peligros, y triunfan con esta constancia.

A pesar de cuanto hemos dicho, no puede llamarse á D. Lope espíritu débil por cierto. Su situacion era terrible, pues su resistencia al monarca, segun las ideas de aquel siglo, hubiera sido rebelion, y la familia de la Padilla tenia que pensarlo muchísimo antes de aparecer rebelde.

Avezados los ricos-homes á resistir toda violencia con el auxilio de las armas, ya en lo fuerte de sus castillos, si se consideraban débiles y ya en campo raso si poderosos y con parciales, habian hecho que los monarcas viesen en toda resistencia una rebelion organizada, y que aperciesen soldados para una lid inevitable.

Desde Ataulfo á D. Rodrigo habian bajado los reyes godos desde el alto trono al sepulcro por conspiraciones tenebrosas, que hundian un puñal en sus entrañas antes de que viesen la punta. Desde la restauracion por Pelayo hasta el reinado de D. Pedro habian batallado los nobles, los ricos-homes y los reyes; y á pesar de ello la real sangre no se habia derramado en el trono.

Este monarca de Castilla queria resolver el problema, de si los barones tenian un poder real

é independiente del jefe supremo del estado, ó de si en calidad de súbditos no podian por razon alguna apelar á la resistencia. D. Pedro resolvía siempre en su favor, los ricos-homes en el suyo.

Mas dejando estar á Hinestrosa en su incertidumbre fatal, continuemos nuestro camino al aposento de la huérfana.

CAPITULO XII.

El momento de mas placer que pueden gozar dos amantes, es en el que vuelven á encontrarse despues de una ausencia cualquiera: y la mirada que entre ellos cambian, encierra toda una existencia de felicidad y de amor.

F...

El aposento de Doña Inés está alumbrado por dos velas en un candelabro de plata. Sus luces pálidas se reflejaban en lo blanco de los tapices, y alumbraban el rostro de la huérfana mas pálido que de costumbre.

Sobre un reclinatorio de damasco tenia inclinada la cabeza, y recitaba pausadamente una plegaria, que su madre la enseñó en su niñez mas tierna, y que copió á continuacion para las lectoras devotas.

PLEGARIA.

Madre llena de dolores,
A tí elevo mi plegaria,
Que aunque de amargura llena
Quitás el dolor del alma.

Yo que solitaria vivo,
A modo de frágil planta,
En los desiertos del mundo
Juguete de mil borrascas;

Yo, que miro un desengaño
Tras la dulce confianza,
Y tras el ayer perdido
El mas incierto mañana;

Yo, que en todas partes veo
Despojos de la desgracia,
Amparo busco, señora,
Amparo te pido y calma.

En vano es rogar al mundo,
Porque desprecia las lágrimas,
Y con sonrisa insultante
A los infelices habla.

En vano es pedir consuelo,
En vano piedad humana,
Pues los consuelos del hombre
Mas que consuelan amargan.

Tú sola, Madre afligida:
Tú, mujer sensible y santa;
Tú, que ante la cruz del Hijo
Sola en el monte llorabas,

Pon tu poderoso dedo
Sobre las profundas llagas,
Que dejaron las espinas
De las delicias mundanas.

Pues cuando sobre mi frente
Horrible tormenta brama,
En tí pongo, Madre mia,
Toda mi fe y mi esperanza.

El corazon de la Avendaño respiró con mas libertad despues de haber rogado al cielo.

Cuando la suerte es enemiga, cuando se amontonan las penas, el alma religiosa cree y se dilata, el alma escéptica duda y se comprime.

La religion es para el alma una panacea universal, que si no cicatriza sus llagas, porque las hay muy cancerosas, quita á lo menos sus dolores y hace renacer la esperanza.

¡Otra vida tras esta vida! Sublime concepcion del espíritu, á que los sentidos no alcanzan. ¡Un nuevo mundo incomprensible, en el que la virtud impera, y el vicio esclavo y despreciado sufre tormentos indecibles!

¡Unos cuantos años en la tierra de cumplir bien con sus deberes para una eternidad de goces! ¡Unos cuantos años de caridad, para una eternidad de amor!

Hay otra fé casi tan santa como la que se dirige á Dios: la que tenemos en nuestros padres.

Despues de haber orado la huérfana á la Madre de Jesucristo, creyó incompleta la oracion, si no podia con la del cielo la proteccion de aquellos muertos de quienes recibió la vida; y doña Inés rogó á sus padres.

Evocándolos en su mente, les pidió perdon de sus faltas, y para el porvenir consejos. Prosterada ante su memoria, les dió cuenta de sus acciones, y su conciencia, satisfecha, se creyó fuerte y aun feliz.

Todavía oraba Doña Inés, cuando la puerta se estremeció, y apareció en ella el infante.

Acababa de llegar D. Juan, y sin quitarse las espuelas, lleno de sudor y de polvo, con su rica daga en el cinto y con un venablo en la mano, que conservaba distraído, se fué á buscar á Doña Inés, á la que encontró arrodillada y en su meditacion absorta.

Aquella mujer tan hermosa, con sus largos cabellos negros, con sus vestidos tambien negros, con sus ojos como azabache, y sus mejillas como cera; aquella mujer prosternada, era á los ojos del infante una bella estatua del pudor sobre la tumba de una vírgen.

Inmóvil se quedó D. Juan en el umbral del aposento, sin atreverse á respirar, sin adelantar un solo paso.

Temia perturbar con su aliento la meditacion

de la jóven, como se teme turbar el sueño de una enferma, que tras mil fatigas reposa, y se extasiaba contemplando aquel ángel en forma humana.

Contaba D. Juan los latidos del corazon de Doña Inés, y comparaba los del suyo para ver si si latian iguales.

Hay momentos en el amor inesplicables y sublimes, mas ninguno llega al momento en que dos amantes se miran despues de una ausencia cualquiera.

Indiferente es la distancia, muy poco influjo tiene el tiempo, cualquiera que estos hayan sido: toda la vida de dos séres, toda la inteligencia de dos almas, toda la actividad de dos pensamientos, se reconcentran en la mirada, que quiere reunir una existencia en dos mitades dividida, y adivinar aquellas páginas que van completando su historia.

—¡Ruegas á Dios? esposa mia, dijo el infante enternecido.

—Sí, le respondió la hermosa huérfana levantándose: y en la mirada que cruzaron se reveló todo el sentimiento que acabamos de definir.

—Estás mas pálida, Inés mia, y late tu corazon, que debiera estar muy tranquilo, con la misma rapidez que el mio, despues de una larga carrera.

—Me encuentro bien, esposo mio. Mas vienes lleno de sudor y de polvo, y ese venablo...

—Ansiaba tanto estar á tu lado, Inés mia, que no he querido detenerme un punto, desde que penetré en el castillo. El polvo de que estoy cubierto, el negro sudor que me baña, este venablo que conservo, son una prueba de ansiedad, y mi ansiedad, Inés, de amor.

—Sí, tienes razon: el que ama mucho, siente una agitacion continua, una inquietud eterna y vaga, si está ausente de sus amores. Halla incompleta su existencia, y suspira mil y mil veces por una mitad de su sér. Quien mas desprecia los peligros para sí mismo, los teme mas para su amor: y quien ve la muerte sin turbarse, cuando amenaza su cabeza, tiembla de espanto al contemplarla sobre la frente de su amado.

—Se tiembla por lo que se ama, dijo D. Juan, cogiendo la mano de la huérfana; pero hay una embriaguez tan sublime en algunas horas de amor, que vuelan las almas á otros mundos, libres de temor y recelos. Hay momentos en que es preciso olvidarse de cuanto existe; cerrar los ojos para ver el fondo del alma, ó tenerlos fijos en otros para ver una alma que viene á confundirse con las nuestras. Hay horas en que seria un crimen pensar, porque apenas bastan las fuerzas para ser felices gozando. En estas horas celestiales, el alma tiene una potencia no mas, y solo perciben los sentidos, para trasmitirla el sentimiento. Yo que he venido á toda carrera á comunicarte un proyecto, he tenido que olvidarme de él para gozar únicamente.

—¡Era yo tu único pensamiento en la fragosidad del monte!

—Sí, Inés mia, y contemplando aquella natu-

raleza vírgen, aquellos arroyos que cantan, aquellos árboles que crecen, aquellas fieras que caminan, me pareció mucho mas estrecho este castillo, mas insoportable la prision.

—¡Hubieras podido alejarte?

—No: te amo mucho mas, Inés mia, que á la libertad y á los campos. Mas sin separarnos, hermosa, hay un medio para ser libres.

—¡Un medio para quedar libres?

—La fuga.

—¡La fuga?

—El rey D. Pedro de Aragon sostiene guerra con Castilla: mi hermano acaudilla sus huestes, y en traspasando la frontera hallaremos seguro asilo y protectores generosos. Yo podré salir á campaña para conquistar señoríos, y en lo mas recio del combate me dará valor tu memoria.

—¡Y cómo llegar hasta allí? El castillo está bien guardado: gentes adictas á D. Lope nos observan á cada instante; y esa tentativa sin éxito solo servirá, noble infante, para doblar nuestras cadenas.

—Todo está previsto, señora; un montero bastante fiel preparará nuestros caballos, y protegerá nuestra fuga. Tengo presentimientos tristes, y me parece hoy el castillo habitado por malos genios.

—Tu corazon no miente, infante: el rey D. Pedro de Castilla se alberga entre sus negros muros.

—Ya lo sospechaba yo, Inés. ¿Has visto al rey?

—Ha estado en mi aposento el verdugo.

El infante se puso pálido.

—Ha estado en mi aposento el verdugo, y me ha ofrecido su corona.

D. Juan hirió con su venablo el pavimento de la estancia, dejando clavada su punta. La huérfana estrechó su mano, y con acento dulce y firme continuó diciendo:

—D. Juan, si yo considerase en tí menos valor y menos nobleza, te hubiera llamado la entrevista que he tenido con el monarca. Los celos deben hallarse tan distantes de nuestro amor puro é inmenso, como los reptiles del sol.

—No son los celos, Inés mia, los que oscurecen hoy mi frente. Entre doña Inés Sanchez de Avendaño y el rey D. Pedro de Castilla, hay el mismo lago de sangre que entre los hijos de D. Alonso. La flor azotada por huracanes y por lluvias, no pierde su virginidad, pero se menguan sus colores y debilitan sus perfumes. Hay alientos tan corrompidos, que empañan á cuanto se acercan, miradas que queman y palabras siempre fatídicas. ¡Huyamos al punto de un sitio que el rey de Castilla profana, y...

—¡Huyamos! D. Juan, cuando os plazca. La esposa debe obedecer, y la amante jamas vacila.

—El rey D. Pedro está en Carmona, dijo el jóven paje, presentándose tan ofuscado y presuroso que se olvidó de descubrirse en la presencia de una dama.

—Ya lo sé," replicó el infante; y antes que sea la media noche, habrémos dejado el castillo.

D. Juan miró tiernamente á la jóven como pidiéndola asentimiento; Inés sonrió con dulzura y dijo á Enrique:

—Fiel amigo, estamos dispuestos á marchar, y es preciso que mi Beatriz....

—Acabo de verla, señora, interrumpió el jóven Enrique, y la he dicho que se prepare para una expedición nocturna. La dueña parece muy cómoda, y me preguntó por literas. Ya ve mi señora doña Inés que es imposible darla gusto: mas yo la pondré en mi caballo, y la cuidaré cual si fuera treinta años mas jóven y treinta veces menos fea.

—No es ocasion, dijo el infante, de perder el tiempo ya escaso: ve á buscar á Fortun, y dile que al punto de la media noche tenga preparado corceles, entre ellos mi caballo tordo, y cuanto juzgue necesario para la fuga convenida. Ofrecele gran recompensa, que mi hermano de Trastámara me proporcionará el cumplirla....

—¿Nos venderá el señor montero? preguntó el paje á su señor.

D. Juan manifestó grande disgusto á esta duda del jóven paje; y para disculparle, la huérfana se apresuró á decirle:

—La noche se adelanta, Enrique, no retardes nuestros deseos.

Salió Enrique sin replicar, y le siguió luego el infante.

CAPITULO XIII.

Samuel, en tus labios veo
Que las palabras te bullen,
Y palabras que se engullen
Se indigestan según creco.
ZORILLA.

Después de haber salido el montero, nos fué indispensable referir una porcion de pensamientos que habian combatido y combatian la imaginacion del alcaide. Este relato ocupó páginas, y como nos llamaban D. Juan y la huérfana del comendador, era muy difícil atenderlos si se presentaba en la palestra todo un monarca de Castilla.

Al salir Fortun del salon, pasó rozando con un hombre, que le miró con interés, y este hombre era el rey D. Pedro.

Llegaba á la puerta el monarca al terminarse la conferencia de D. Lope y de su montero: el rey quiso enterarse un tanto, y deteniéndose en el umbral, solo oyó las últimas frases, que fueron: "Podeis dormiros descuidado. Puedes retirarte, Fortun. Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

Estas palabras fueron lo bastante para que concibiese el rey sospechas vagas y confusas, que se propuso esclarecer.

La seguridad que á D. Lope parecia dar el buen Fortun, aconsejándole durmiese tranquila-

mente y descuidado, aunque podia ser indefinida, podia tener tambien relacion con algun acontecimiento que hubiese de verificarse en el discurso de la noche. Por otra parte la recompensa que habia dado el alcaide á su montero, se esplicaba muy naturalmente por el pago de algun servicio y la continuacion del mismo.

"Recibe esas doblas y cumple fielmente mi encargo," habia dicho D. Lope; y en la firme resolucion el rey de conocerlo bien á fondo, entró con su semblante satisfecho á la presencia del alcaide.

Hinestrosa se sorprendió un tanto con la aparicion del monarca; y aunque su semblante risueño revelaba tranquilidad, creyó al traves de la sonrisa poder traslucir el alcaide algun pensamiento terrible.

A pesar de sus mil propósitos de no despertar en el rey ninguna memoria que tuviese relacion con la de Avendaño, creyó conveniente á su persona manifestar el mucho tiempo que habia esperado á su monarca.

—Señor, dijo al entrar el rey, he aguardado por largo tiempo, y ya estaba inquieto con una ausencia, cuya causa desconocida para mí....

—Tranquilízate, buen Hinestrosa. Yo tambien estaba cansado de esperarte, y consideré mas oportuno hacerme anunciar por mí mismo.

—¿Ha estado vuestra alteza....

—En el aposento de Inés. Y pardiez, amigo D. Lope, que exajerabas los peligros de una entrevista con la huérfana. Es una criatura admirable, y aunque con varios incidentes mas ó menos contradictorios, hemos acabado por entendernos.

Abrió los ojos Hinestrosa, como para cerciorarse de que no dormia; tal impresion le iban haciendo las palabras del rey.

Quería preguntar al monarca, pero le faltaban las voces, y era el capitán de un navío que viéndolo caminar al escollo, sin poder cambiarle aquel rumbo, teme á un mismo tiempo y desea el momento del choque rudo, para sufrir pronto la muerte ó renacer á la esperanza.

El rey D. Pedro por su parte tenia un placer extraordinario en la turbacion del alcaide, y se recompensaba en cierto modo de cuanto le habia hecho padecer la huérfana, haciendo á su vez que lo padeciese un tercero.

—Te repito, querido alcaide, que tienes aquí una pupila de lo mas seductor del mundo. Yo te doy mi cordial parabien por esta dulce tutoría, y te envidio esta fortaleza habitada por serafines. ¿Mas qué te sucede, Hinestrosa? Me escuchas sin mostrar placer, y te muerdes tanto los labios que están hinchados y sangrientos. ¿Estás enamorado como D. Juan de la huérfana de Avendaño?

A esta media burla del rey, sintió D. Lope estremecerse todos sus miembros, de manera que estuvo para desplomarse.

Este sacudimiento magnético no le permitió responder, y el rey continuó:

—D. Lope, á tus años y tu experiencia harías

un papel bastante triste enamorándote de una jóven, y compitiendo con un rey que lleva al cabo una corona y cuenta cinco lustros no mas.

—No sé en qué he podido ofenderos, dijo D. Lope con modestia, para que mostreis tanto empeño en sacar á plaza mis años, mala recomendacion en verdad para galantes pasatiempos. Pero bien conoceis, señor, que si tiene dos amantes la huérfana, ninguno es tan humilde como Hinestrosa, siendo el primero un rey de Castilla, con cinco lustros y el segundo un infante apuesto, que apenas se acerca á los cuatro.

Tanto habian herido á Hinestrosa las últimas palabras del rey, que quiso destilar en su réplica toda la hiel de que estaba henchido. El rey D. Pedro le escuchaba con una calma precursora de relámpagos y de truenos; mas cuando estableció el alcaide la comparacion entre el rey y el infante D. Juan su hermano, se reprimió mas el monarca, y con afectada sonrisa preguntó al alcaide D. Lope:

—¿Ha vuelto el infante de caza?

Hace unos momentos, señor, que está de vuelta en el castillo. Un montero que habrá encontrado vuestra alteza, vino á decirme su llegada.

—¿Y no podrá salir de aquí?

—De ninguna manera, señor.

—¿Vino á decirte un montero que estaba de vuelta D. Juan?

—Está encargado de vigilarles, y cuando salimos de caza jamas abandona su huella.

Bien puede tener relacion, dijo entre sí el rey, con el encargo de D. Lope el señor infante mi hermano. Y añadió:

—¿Estás muy seguro, Hinestrosa, de que son fieles tus espías, y que no se doblegarán nunca á la seduccion y á los premios?

—No tengo motivo de queja, me han sido fieles hasta hoy, y muy poderoso habia de ser el seductor para contrabalancear la fidelidad que me deben y las recompensas que doy.

D. Pedro se encogió de hombros, siguió sus paseos de costumbre, acarició su espesa barba muchas veces, y dando muestras de haber tomado alguna resolucion repentina, y con ademan algo teatral, le dijo:

—Veo con dolor, señor alcaide, que en mi castillo de Carmona no hay todo aquello que necesita una fortaleza importante. ¿No está, vive Dios! tan provisto como seria de desear, y habeis contraido para con el rey una responsabilidad inmensa.

Esta salida tan estraña, no causó placer á Hinestrosa que habia contrariado algun tanto las pretensiones de D. Pedro, y que no podia figurarse adónde iria á parar el rey tras una introduccion semejante.

—Señor, replicó al fin D. Lope, he procurado cumplir fielmente con mis deberes en Carmona, y si he tenido algun descuido, puede indicarlo vuestra alteza, y será reparado al punto.

—Me placiera mucho mas, D. Lope, no verme en la necesidad de hacerlo; pero aumentándose

por momentos la del reparo, me será preciso, Hinestrosa, satisfacer á tu deseo. Puedes reparar fácilmente que van muchas horas de noche y que está alumbrada esta estancia por la débil luz de la luna.

D. Lope llamó á sus criados, y sobre candelabros de plata entraron velas encendidas.

—Ya está satisfecho este olvido, señor.

—Pero aun queda otro, amigo alcaide, mas criminal un millon de veces y de consecuencias mas graves.

—Hablad, señor, dijo el alcaide siguiendo la entonacion teatral que daba el rey á su diálogo.

—El rey D. Pedro de Castilla, prosiguió diciendo el monarca, goza reputacion de sóbrio; pero de la sobriedad del rey á la del alcaide de Carmona, hay toda la distancia que existe entre un monge que come poco y un camaleon que se alimenta con el viento. Me parece, señor alcaide, que no sentará mal la cena.

—Muy justo ha sido vuestra alteza en recordarme mis olvidos, y se reparará este último con la misma facilidad que fué reparado el primero.

El alcaide llamó de nuevo, y al cabo de pocos minutos pudo decir D. Lope al monarca:

—Todo está dispuesto, señor.

—Mi trabajo me cuesta, Hinestrosa.

CAPITULO XIV.

El juego se va encendiendo,
De veras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

HAY novelistas muy ilustres, cuyo mérito reconozco y cuya celebridad ansío, que cuando les viene á las manos la descripcion de una comida se deleitan, como los asirios en el banquete de Baltasar, y como el festivo segundo héroe de nuestro primer hablista Cervantes con las succulentas espumas de la gran boda de Camacho.

Yo respeto, como él que mas, á los clarísimos ingenios que no se embotan con el vapor de las viandas, y que gastronómicamente gozan con los manjares que describen.

Muchas ventajas á mi ver tienen los autores gastronómicos, pues á mas de hallar simpatías en los estómagos repletos por la identidad de los goces, y en los completamente vacios, porque se forjan la ilusion de que se palpan los manjares, llenan con bastante desahogo unas cuantas páginas del libro, y suelen vender sus viandas al alto precio del mercado.

Yo no cuento entre mis pecados mortales el sabroso vicio de la gula: no conozco, ni por el forro, al famosísimo Avicena, y hasta puedo jurar que su nombre por poco no viene á mi memoria; pero voy á decir unas palabras sobre la cena del castillo.

No pienso tender los mantales, ir describiendo

la vajilla en su materia ni en sus formas, ni medir la mesa en sus extremos, ó técnicamente expresando su ancho, su largo y su profundo.

No pienso presentar tampoco seis perdices en escabeche, dos capones con salsa negra, un buen lomo de jabalí, ni otras menudencias de este género, que sabría variar hasta lo infinito cualquier cocinero italiano, pero cuyos nombres conozco apenas por el relato de algun amigo que asiste á banquetes diplomáticos, en los cuales hay muchas viandas tan intrincadas para mí como las notas de los entendidos Anfitriones.

Presumo que en aquella época beberian nuestros buenos padres vinos fermentados en Castilla; pero como tampoco sepa qué vino estaba mas en boga, tendré que llamarlo moscatel, nombre bastante humilde á la verdad si se deriva de un insecto: ó apellidarle Pedro Jimenez, nombre que rayó á grande altura con el cardenal de Cisneros.

Poco me importa averiguar el número de velas que ardian, con tal que no escasease la luz: ni si era el pan de lo mas blanco que se confecciona en Sevilla, y fama tiene en nuestros dias, y del moreno de Carmona. Aseguro que estaba tierno y muy bien sazonado y cocido.

No quiero ser en todo parco, y por lo mismo que lo he sido refiriéndome á los manjares, voy á describir largamente cuanto á los convidados toca.

Eran estos, el rey D. Pedro de Castilla, Doña Inés Sanchez de Avendaño, el jóven infante D. Juan, y D. Lope Perez de Hinestrosa.

Presidia este triste banquete, por disposicion de D. Pedro, la huérfana del comendador: á su derecha estaba el rey; frente del monarca estaba el infante, y en último término del cuadro el señor alcaide del castillo.

Varios sirvientes se ocupaban en llenar copas y en ir presentando viandas. A pocos pasos de la silla en que estaba sentado el rey, se veia de pié y con torvo ceño á su ballestero de maza y compañero de viaje Garci-Diaz de Albarracin.

Mucho mas próximo á D. Juan estaba el paje Enrique, que no quitaba ojo del rey, como no fuera para observar al ballestero Garci-Diaz, hombre de malísima catadura y de unas formas gigantescas.

Comenzó la cena en silencio, y de todos los comensales solo el rey D. Pedro daba muestras de algun regular apetito.

El alcaide, meditabundo, apenas llevaba á su boca los apetitosos manjares, Doña Inés tenia que esforzarse para no derramar gruesas lágrimas; y el infante D. Juan bebia con una profusion tan grande, que tuvo que recordarle Enrique su proyecto de libertarse, para que menguase el beber.

Algunas frases del monarca habian quedado sin contestar, y hasta el cortesano Hinestrosa se olvidaba de su real huésped.

—Ha provocado tu sed la caza de una manera tan horrible, que haces los honores al vino co-

mo el montero mas beodo, dijo el rey riendo á su hermano.

—Hace mucho tiempo que padezco una sed que jamas se sacia, dijo con sarcasmo el infante; pero tienes mucha razon en reprenderme, y para remediar mi esceso no probaré el vino de hoy mas.

El rostro de Doña Inés se contrajo á la réplica del infante; le dirigió una mirada llena de inquietud, y todos guardaron silencio.

—Llegué esta mañana á Carmona, dijo el rey á los pocos instantes, pero tu afición á la caza no permitió detenerte hasta saludar á tu hermano. Me parece que tus deseos no están sujetos casi nunca por una moderacion racional.

El rey D. Pedro acentuó mucho sus palabras, y el infante le replicó en el mismo tono sarcástico.

—Jamás presumo, hermano mio, de adivinar hondos misterios, ni reconozco á las fantasmas. Llegaste al castillo de incógnito, recatando el rostro, y guardándote las palabras: no pude conocerle, hermano. Ademas tendrias tus razones para observar esa conducta, y era muy justo respetarlas.

—Hay inspiraciones de cariño, que hacen á los hombres profetas, y el amor de tiernos hermanos....

—En cuanto al cariño de hermanos, permíteme D. Pedro te diga, que tú has sido el primero á olvidarlo.

—Los hijos de Doña Leonor, replicó el rey, no han sido nunca muy amantes del hijo de Doña María; y quizá la sangre bastarda....

—La sangre bastarda, D. Pedro, es seguramente de Alonso Onceno, y por la legítima es preciso preguntar á Doña María.

Tantos ultrajes encerraban estas palabras del infante, que Doña Inés, el jóven paje y hasta el impasible D. Lope le interrumpieron á la vez. En la pupila de D. Pedro apareció la mancha sangrienta que presagiaba sus furiosos; pero reprimiendo su enojo, le replicó con gran frialdad:

—D. Juan, los vapores del vino van ocupando tu cerebro, y confundiendo tus ideas. En el desorden consiguiente, te se han escapado palabras que han hecho temblar á Doña Inés, morderse los labios al paje y erizar los pocos cabellos al buen alcaide de Carmona. En cuanto á la sangre bastarda, quizá en esa diferencia de sangre consistirá, querido hermano, la gratitud y respeto con que, los hijos de Doña Leonor de Guzman, han pagado siempre las mercedes recibidas de su monarca.

—Muchas deben al rey D. Pedro. Pagaste la toma de Jumilla con un cobarde asesinato.

D. Juan dió una recia puñada en la mesa, y la copa del rey D. Pedro se vertió sobre sus vestidos.

—¿Qué haceis, D. Juan! dijo la huérfana.

—¿Qué haceis, señor! prorumpió el paje.

—¿Que habeis hecho, repitió Hinestrosa.

D. Pedro se manifestó casi impasible, limpió

sus vestidos con calma y dijo al infante con una frialdad aparente:

—Me confirmo en que los licores han trastornado tu cabeza. Me has manchado todo el vestido.

—Tambien los manchó con su sangre mi noble hermano D. Fadrique.

—D. Juan! exclamó la pupila.

—Estás aterrando, hermano mio, con tu desentono á esta señora, dijo el rey con mucha intencion.

El infante se levantó, y sin añadir una palabra dejó la mesa bruscamente, seguido de su paje Enrique.

La agitacion de Doña Inés estaba marcada en su rostro, y despues de servidos los postres, la dijo con galantería el rey:

—Me pareceis algo indispueta, señora mia; y si puede seros agradable la soledad de vuestra estancia, ó el reposo que en ella tendréis, no quiero abusar por mas tiempo del favor con que nos honrais, presidiendo un triste banquete.

—Mucho os agradezco, señor, el permiso que me concedéis, pues me encuentro bastante indispueta.

La huérfana se levantó, y vertiendo lágrimas tristes fué á ocultarlas á su aposento.

—Bien tardía ha sido la cena, pero agradable por demás, dijo el rey encarándose con su alcaide.

—Bien podeis conocer, señor, replicó D. Lope, que no he tenido parte alguna en lo desagradable de ella.

—Con mas celo, señor alcaide, no hubiera tenido á la mano el infante algunos de los datos históricos con que ha sazonado el banquete.

—Puedo jurar á vuestra alteza, que me ha sorprendido escucharle.

—Si se lo hubieras dicho, D. Lope, en vez de una falta de celo hubiera sido una traicion.

—Juro, señor....

—Basta, D. Lope.

El rey hizo seña á Garci-Diaz, que se llegase al punto, y le estuvo ablando en secreto. El ballestero saludó al rey, y salió sin decir palabra.

—Estoy muy cansado, Hinestrosa. ¿Quieres enseñarme mi aposento?

D. Lope cogió un candelabro, y salió delante del rey. A cada paso de D. Pedro crugian las canillas de sus piernas como si fueran á romperse.

CAPITULO XV.

Que llueva, que truene,
Que nieve, que escarche,
Mas vino, mas vino,
Mas baile, mas baile.
MARTINEZ DE LA ROSA.

En el gran patio del castillo, habia un miserable aposento, que comunicaba con las caballerizas, y servia de cómodo albergue á nuestro conocido montero, el astuto lobo Fortun.

Un mugriento jergon de paja con una manta

de picote era el lecho del buen montero: una mesilla con tres piés y dos malos bancos de pino, todo el menaje de la casa.

Pendia de la bóveda negra una lamparilla de hierro suspensa de una larga cadena, y su luz alumbraba apenas aquellos muros ennegrecidos por el hollín y por los años.

Sentado en uno de los bancos y con la mesa por delante estaba el montero Fortun, royendo unos huesos de venado, y acariciando con frecuencia una enorme bota de vino, que colocada entre sus piernas se levantaba por intervalos hasta el nivel de su nariz, y hacia penetrar en su garganta aquel licor refrigerante, inventado, segun los gentiles, por Baco, y segun los buenos cristianos, por el patriarca del diluvio, el sapientísimo Noé.

Un largo y curioso diálogo sostenia Fortun con su bota, no sobre las excelencias del vino, materia en que parecian muy versados, pero sí sobre la conducta que debia seguir el montero en su doble oficio de espía y de confidente del infante.

Por mas preguntas que hacia el montero, la bota no decia palabra; y ofendido con su silencio la estrujaba contra sus labios, haciéndola derramar sangre, no de hombres ó de irracionales, sino de Cristo, como la llaman los aficionados á beber.

A cada trago que se echaba, se confundian mas sus ideas; y si no hubieran llamado á la puerta con repeticion y recato, hubiera terminado la querella, entre la bota y el montero, por quedarse la una vacia y el otro tan líquidamente repleto, que no hubiera mas que pedir.

Llamaron, pues, con discrecion, y sin preguntar el montero quién se tomaba la molestia de buscarlo, ya un poco tarde, y con una ventisca y lluvia que no convidaba á paseo, abrió de par en par su puerta, y se encontró frente por frente de nuestro amigo el paje Enrique.

—Muy bien venido sea el señor paje, dijo Fortun al conocerle, y si no tiene inconveniente guárdese aquí de la lluvia antes que le remoje el cuero.

—No me parece fuera del caso seguir un consejo oportuno; y si el señor montero lo permite conversaremos en su estancia, mientras el viento y los granizos hacen compás en esas torres para alguna danza de brujas.

—Mucho me place que busqueis mi madriguera, señor paje, en una noche de tormenta: y el lobo viejo recibirá cual se merece al jóven tigre que se acerca.

—Agradezco, señor montero, una tan cordial acogida: y si alguna vez el jóven tigre tiene una cueva y una presa, se contemplará muy dichoso partiéndola con el viejo lobo que tan cumplidamente le honra.

—Muy bien hablado, señor paje, dijo Fortun; y cerrando al punto la puerta fueron á sentarse en el banco que habia ocupado el viejo lobo.

—Ya veis, continuó Fortun, qué mal banquete puedo presentaros con estos huesos sin mas carne que los colmillos de una fiera; pero en cambio

tengo una bota que no flaquea por lo presente, y si queréis acariciarla, pagaré bien vuestros favores.

—Sea como lo pedís, señor montero, tanto por complacer á un buen amigo, como por no desairar á una dueña. A vuestra salud.

Enrique llegó la bota hasta sus labios, la sostuvo en ellos algun tiempo aparentando que bebía, y despues la entregó á Fortun.

—No me habeis de ganar, señor paje, ni en lo bebedor ni en lo cortés. A la salud del noble infante, de la hermosísima Doña Inés y del leal paje de D. Juan.

El montero empuñó la bota, y á fé que no fué por cumplido, pues se le hincharon los carrillos, y apenas bastó su garganta para transmitir al estómago la enorme cantidad de vino que habia recibido su boca.

—A propósito de vuestro brándis, dijo el paje: ¿estais decidido á cumplir lealmente cuanto ofrecisteis á D. Juan?

Esta pregunta inesperada amargó un poco el sabrosísimo trago que acababa de echarse al estómago el buen Fortun, y moviendo la lengua cien veces, como si saborease su vino, respondió á Enrique con gran calma:

—Cuando un viejo zorro se acerca á las inmediaciones de un corral, mira y husmea antes de traspasar las tapias; pero una vez dentro, no sale sin su compañía de gallinas. ¿Me habeis entendido, señor paje?

—Medianamente, y segun creo estais dispuesto en su servicio.

—Así es la verdad.

—Señor montero, Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, dijo el montero maquinalmente; pero su rostro se contrajo y se estremecieron sus miembros.

—En este supuesto, prosiguió el paje, debéis preparar los caballos, pues antes de la media noche dejaremos este castillo y marcharemos á Aragon.

—¿Esta misma noche, señor paje?

—Esta misma noche sin falta. Conozco que es grande la prisa: quizá los peligros son grandes, y necesita el señor montero mucho valor y diligencia; mas yo le ofrezco, á nombre de D. Juan, una recompensa crecida y una gratitud sin ejemplo.

—¿No pudiera dilatarse algun dia para tomar bien las medidas y no perder quizá el golpe?

—Es imposible detenerse. El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Está el rey dentro del castillo?

—Sí, señor montero; y como entre el rey y el infante median graves resentimientos, quiere abandonar mi señor lo mas pronto posible el lugar que habita su hermano.

Fortun escuchó atentamente, volvió á pasar la lengua muchas veces por sus labios vinosos: sacudió su enorme cabeza con el mismo compás de

un péndulo, y poniendo su mano sobre el hombro del jóven paje, le dijo con cordial acento:

—Ha saltado el zorro las tapias y no ha de marchar sin gallinas. Antes que sea la media noche estará todo preparado, y la gacela y el tigre real bastante lejos de Carmona.

—Os conducís, señor montero, como un jabalí de corazon. Voy á noticiar al infante vuestra disposicion á servirle y á precipitar la partida.

Poco á poco, mi señor paje; tengo que comunicar instrucciones al fiel servidor del infante, y necesito que me ayude.

—Con toda mi alma, señor montero. No reparéis en mis pocos años ni en la cortedad de mis fuerzas: cuando se tiene corazon, ejecuta el brazo cuanto la cabeza discurre. Mandadme, pues, señor montero, que todo se ejecutará pronto, con discrecion y con valor.

Fortun volvió á lamer sus labios, y acercándose al jóven paje que le miraba de hito en hito le habló así con grande misterio:

—Dentro de una hora, señor paje, estaréis en este aposento: yo habré tomado mis medidas y nos restará solo obrar. Juntos que seamos, entraremos por esta puerta, que comunica como sabeis, con la caballeriza del castillo; sacaremos cuatro caballos, cuyos cascos forrados en pieles no resonarán en el silencio, y con la ayuda de un amigo los harémos salir al campo. Quedaréis guardándo-los allí mientras penetro en el castillo para conducir como zorro, al tigre real, á la gacela, y á esa nutra de Barrabás que no dejará de estorbarnos.

—Teneis la cabeza de un zorro, y es admirable vuestro arreglo. Una sola condicion me embaraza, y voy á decirlo al momento. No me gusta, amigo Fortun, abandonar estas murallas, ni un punto antes que D. Juan.

—Pues es indispensable hacerlo, ó renunciar á la partida.

—¿Si fuera por mí, señor montero, Dios solo sabe lo que haria!

—¿Vendréis á la hora, señor paje?

—No faltaré, señor montero. Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, volvió á decir Fortun.

Enrique atravesó el gran patio que inundaba la lluvia, y que alumbraban los relámpagos.

CAPITULO XVI.

Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegries y a Gomeles
Reveló el secreto agravio.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Así que hubo salido el paje, echó aceite Fortun á su lámpara y fué á sentarse sobre el banco en

que estaba haciendo su cena. Tropezó al paso con la bota, y por no perder la costumbre bebió un par de tragos seguidos, haciendo un pequeño escurrío, como si lo encontrase mal.

—Vamos á formar nuestras cuentas, dijo Fortun; porque me voy viendo tan enredado como un viejo ciervo en la maleza. Me pidió el alcaide que espíase todos los pasos del real tigre, y yo he contado al zorro astuto todos los planes del infante. Para conocerlos á fondo me he presentado muy su amigo, y reclama mi proteccion en un importante negocio. Fortun, tú podías hacer mucho en su obsequio y dejar de ser vil raposo, para presentarte en el monte como un jabalí de diez años.

—Mas si se malogra el proyecto? ¿si no caminase la gacela ó la maldita nutra entorpece? se te lo lleva el demonio, y no vuelve á pasar mas vino por este gaznate de culebra, que al fin se ha de comer la tierra, pero que procuraré yo sea todo lo mas tarde posible. Por otra parte, D. Lope de Hínestrosa paga, y no está en el orden engañarle. El no querrá hacerse ninguna gorra con la hermosa piel del real tigre, ni descuartizar á la gacela. Voy á contárselo en el momento, y Dios haga lo que le agrade. Mas se me ocurre un tercer medio, que puede conciliarlo todo. Diré al jóven paje que es imposible la salida, que está bien guardada la cueva y que hay muchos perros en acecho. De esta manera no se marchan, cumplo medianamente con D. Juan, y no perjudico al alcaide. También encuentro aquí sus contras. ¿Qué ventajas reportaré de haberme metido en las zarzas? Ninguna. El infante me dará al diablo porque no cumplo mi promesa, y el viejo zorro se proporcionará otro perro que levante mejor la caza. Luego, la presencia del leon. . . ¡Oh! hermoso animal es D. Pedro. En sus arrebatos sangrientos me parece un lobo que entra en un mal guardado redil, y que degüella mil ovejas antes de probar un bocado. Entre los señores del reino me parece un jabalí cerdoso, que despedaza velozmente á cuantos lebreles le acosan: ¡vive Dios! que una gran fiera es tan bella como un torrente que todo lo arrastra á su paso.

Muchísimas comparaciones hubiera hecho todavía el montero, á no sentir los recios golpes con que llamaban á su puerta.

—¿Quién va? preguntó el buen Fortun con su desapacible voz.

—Abre con diez mil de á caballo, gritó una voz no menos áspera, que está granizando y lloviendo mas espeso que las flechas de una batalla.

El montero se apresuró á abrir, y se encontró frente por frente con Garci-Díaz de Albarracín.

—¿Pardiez! exclamó dando una palmada Fortun: ¿qué vientos han traído por aquí al señor ballestero de maza?

—Unos vientos algo tormentosos, si he de juzgar por esta noche.

—Siéntese y beba Garci-Díaz, que de un valiente oso de montaña, se ha trasformado en ballestero de la guardia del real leon.

—Sí, amigo Fortun; he cambiado el colete de

cuero en estas escamas de hierro, y en vez de cazar jabalíes me he dado á la caza de hombres, que mordiscan con alabardas, como aquellos con sus colmillos.

—¿Y has ganado mucho en el cambio?

—Así, así, valiente montero. Y si han de romperme la piel, lo mismo me da que lo haga un lobo, que un ballestero de Aragon.

—Muy bien hablado, amigo Garci; pero ¿cómo ha venido el oso á buscar esta madriguera?

—Llegué esta mañana á Carmona en la compañía de su alteza.

—¿Acompañas al rey?

—Soy, como tú dirías, su lebrél, y como yo digo, su alférez.

—Eso se llama, amigo Garci, estar cazando en un buen soto.

—También puedes cazar en él si quieres hablar como amigo, y como su alteza pretende.

—Espícate un poco mas claro.

—Voy á probarlo, amigo Fortun. Aquí donde me ves, montero, soy un parlamentario del rey que viene á proponerte hablar.

—¿Estás loco?

—Tengo mi juicio tan en caja como una pelota en un tiro. Tú has tenido una conferencia secreta con el alcaide del castillo.

—¿Yo?

—Sí; es en valde que me lo niegues. En el corredor encontraste un hombre, y ese hombre era el rey.

—Es verdad.

—El alcaide te dió una bolsa bastante repleta de oro y te dijo: "Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

—Es verdad.

—Ahora quiero que tú me digas, qué encargo de tanta importancia te ha encomendado el buen D. Lope.

—Nunca faltan cosas que hacer entre un buen cazador y un buen perro. Tú eres el alférez del rey, y yo soy el lebrél del alcaide.

—No estoy mas enterado, Fortun, con esa respuesta tan vaga, que si me dijese un capitan "escarmienta á los enemigos," sin decirme en donde se hallaban, Te quisiera un poco mas claro.

—Hay matorrales tan espesos, que no se distingue un jabalí, á no ser por las ramas que troncha.

—Esos matorrales se queman, dijo una voz ronca y vibrante, y se presentó el rey D. Pedro.

El ballestero se descubrió, Fortun se hizo atras algunos pasos y el rey continuó velozmente:

—Soy el rey D. Pedro de Castilla: deseo conocer el secreto que media entre el alcaide y su lebrél. Si me lo dices sin tardanza, tendrás recompensa cumplida; si vacilas un solo instante, te mando cortar la cabeza, y mi ballestero Garci-Díaz, cumplirá fielmente mi encargo.

El ballestero hizo un saludo, y Fortun le miró con recelo.

Era tan resuelto el lenguaje con que se espli-